

## “LA TEOLOGIA DE LA REVOLUCION” DE KARL MARX (II)

POR

MIGUEL PORADOWSKI

Después de haber presentado la «teología de la revolución», expuesta en el primer marxismo (1), conviene recordar la «teología de la revolución» del segundo marxismo para, de esta manera, llegar a un concepto cabal de esta parte del marxismo de Marx.

### II. LA «TEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN» DEL SEGUNDO MARXISMO

Este segundo marxismo, como ya lo hemos visto (2), difiere del primero, ante todo, por el hecho de que es la obra no solamente de Marx, sino también de Engels. Además, utiliza el materialismo histórico y el determinismo económico, teorías y doctrinas de moda entonces, como también aprovecha las doctrinas revolucionarias de los movimientos socialistas y comunistas de la primera mitad del siglo XIX, teniendo siempre presente el modelo de la Revolución francesa de los años 1789-1799 y las experiencias de las sacudidas revolucionarias que la siguen. Sin embargo, tal vez lo más importante que aprovecha el segundo marxismo es el pensamiento revolucionario elaborado al final de la Revolución francesa por el grupo de los «comunistas revolucionarios» de Babeuf, descrito y divulgado por Buonarroti,

---

(1) Véase, del autor, «La teoría de la revolución de Karl Marx» (I), en *Verbo* núm. 237-238.

(2) Véase, del autor, «La teología de la liberación», de Karl Marx (II), en *Verbo*, núm. 235-236.

siendo sintetizado y esquematizado por Luis Augusto Blanqui, con el cual Marx entra en colaboración. Es precisamente este esquema blanquista de la revolución de cuatro etapas (burguesa, democrática, socialista y proletaria) el que Marx asimila e incluye en la teología de la revolución del segundo marxismo.

Mas, antes de pasar a analizarlo, conviene todavía contestar a la pregunta: ¿por qué Marx elabora este «segundo marxismo» y, con él, su segunda teología de la revolución? Ya algo hemos hablado de esto con ocasión de presentar la segunda teología de liberación, de Marx; sin embargo, las motivaciones anteriormente mencionadas se referían sólo a su aspecto «liberador», mientras que ahora se trata, ante todo, del aspecto «revolucionario». Pues bien, la primera teología de la revolución, siendo —como lo ya hemos visto (2)— abstracta, teórica y desvinculada del momento histórico, no fue capaz de entusiasmar a las grandes masas obreras y sólo pudo interesar al pequeño grupo de los intelectuales revolucionarios, como el mismo Marx o Engels. Para poder conquistar a las masas obreras fue necesario no solamente tomar contacto con ellas y con sus líderes, sino también presentar la misma doctrina revolucionaria de una manera más atrayente. Las motivaciones incluidas en la primera teología de la revolución, a saber: la liberación —por la revolución— de la creencia en la existencia de Dios, de la institución de la propiedad privada y de la institución del Estado, entusiasmaban a los grupos de los librepensadores y de los ateos, los cuales, a pesar de gozar de aceptación en algunos sectores de la burguesía liberal, no tenían mayor influencia entre los obreros y menos todavía entre los campesinos, es decir, entre el sector que representaba casi el 90 % de la población en la primera mitad del siglo XIX. Para que la revolución comunista pudiera pasar de la teoría a la práctica y pudiera remover las grandes masas, fue necesario presentarla de una manera distinta: no solamente como liberación de las alienaciones, sino también como defensa de los concretos intereses de la clase obrera, pues sólo en este caso la revolución marxista podía conquistar, tanto a los auténticos líderes de los trabajadores como también a las masas obreras. De

ahí que Marx considerara conveniente presentar a su teología de la revolución liberadora en una nueva forma más atractiva y más convincente, y hacerlo con la participación y colaboración de los auténticos y conocidos líderes de las existentes y actantes organizaciones obreras.

Sin embargo, esto presentaba para Marx un serio riesgo, pues, por un lado, brindaba la oportunidad de conquistar el apoyo de grandes masas obreras y, por otro, exigía la aceptación de la defensa de sus intereses inmediatos, los cuales no coincidían con los de la revolución marxista. Marx, conservando sin alterarla su primera teología de la liberación y su finalidad única de destruir radicalmente la sociedad histórica (pues todo en ella fue impregnado por la religión), deseó formular su segunda teología de la revolución, de tal manera que este fin quedara completamente logrado, mientras las organizaciones socialistas y comunistas, con las cuales tomaba contacto, buscaban ante todo el mejoramiento inmediato de la situación social y económica de los trabajadores; siendo así que estos fines se contradicen. ¿Por qué? Porque el mejoramiento de la situación económica del trabajador lo tranquiliza y lo reconcilia con la sociedad y con la situación existente, quitándole toda la dinámica revolucionaria, mientras que Marx desea vincular su revolución destructora con la «cuestión social» y, ante todo, con la «cuestión obrera», solamente para aprovechar el descontento de los trabajadores para su revolución destructora (3). Los obreros le interesan sólo como una dinámica revolucionaria real. Sin embargo, esta dinámica se apaga a medida que mejora la situación de la clase obrera (4).

---

(3) Por esta razón, el hombre más peligroso para Marx, en Inglaterra, resultó ser Benjamin Disraeli (1804-1881), conocido más bien como Lord Beaconsfield, pues, por su iniciativa —como principal dirigente del Partido Conservador—, aparece en Inglaterra la legislación social y laboral que defiende los intereses de los obreros, gracias a lo cual este partido, durante casi todo el siglo XIX, contaba con los votos de las grandes masas. Además, en consecuencia, los obreros ingleses, hasta hoy día, son partidarios de las reformas y no de la revolución.

(4) Estas diferencias de los puntos de vista y de los conflictos generados por ellos, entre Marx y los dirigentes de los movimientos obreros,

En realidad, Marx sólo fingía su simpatía para con la clase obrera, escondiendo sus planes reales.

También sería un error grave suponer que la teología de la revolución del segundo marxismo no tiene nada que ver con la teología de la revolución del primer marxismo. Por el contrario, ambas se complementan y, además, la primera siempre está presente en la segunda y, gracias a su permanente presencia, también esta segunda teología de la revolución tiene dimensiones metafísicas y teológicas (demonológicas), pues por debajo de la cobertura política (el cambio del régimen político) y económica (el cambio del régimen económico), siempre está presente la primera teología de la revolución con sus cuatro características: mundial, universal, radical y permanente (5).

¿Qué es lo que Marx toma del «modelo» de la Revolución francesa (6), y qué lo que asimila de las doctrinas revolucionarias de la época? La contestación no es fácil, pues estas doctrinas revolucionarias están basadas en el análisis del proceso de la Revolución francesa. Además, hasta hoy día se discute sobre el tema: ¿qué fue en la Revolución francesa espontáneo y qué previamente planificado? Y si fue planificado, ¿quién y a base de cuál doctrina planificaba? La doctrina blanquista sobre las cuatro etapas de la revolución comunista (burguesa, democrática, socialista y proletaria), ¿fue una conclusión sacada del análisis de la Revolución francesa? ¿O más bien la Revolución francesa pasó por estas etapas (7) porque fueron ellas previamente pre-

---

constituyen el objeto de los minuciosos estudios de varios biógrafos de Marx, especialmente de Franz Mehring, Leopoldo Schwarzschild y de Fritz Raddatz.

(5) Véase, del autor, «La teología de la revolución de Karl Marx» (I), en *Verbo*, núm. 237-238.

(6) Para Marx, este modelo lo constituye la Revolución francesa de 1789-1799, mientras que para Engels el modelo preferido, especialmente para la «etapa burguesa», es la revolución inglesa de los años 1624-1688.

(7) La Revolución francesa de los años 1789-1799 es un modelo para la revolución marxista y para la revolución marxista-leninista (para la *Weltrevolution* y para el *Weltoktober*), principalmente si se trata de las etapas burguesa y democrática, pero muy poco si se trata de la etapa

vistas? Este es un tema que no cabe dentro del presente trabajo; sin embargo, tiene que ser recordado el hecho de que la Revolución francesa del final del siglo XVIII, y la secuencia de las que de ella derivan, y también las doctrinas revolucionarias vinculadas con ella, se presentan como la principal fuente de la teología de la revolución del segundo marxismo.

Marx estudiaba uno y otro: la misma Revolución francesa (con sus «réplicas», especialmente el período de Napoleón Bonaparte, la vuelta a la monarquía y la revolución de 1848) y las doctrinas revolucionarias parcialmente elaboradas sobre el análisis de ella. A estos estudios se dedicaba durante su permanencia en París en 1844 y después cuando vivía en la cercana Bélgica, en los años 1845-1848. El resultado de estos estudios está incluido, al menos parcialmente, en el *Manifiesto comunista* de 1848, el cual tiene por finalidad, precisamente, conquistar el apoyo de las masas obreras en favor de la revolución comunista planeada por Marx. El *Manifiesto comunista* también indica el camino de esta revolución, es decir, indica el proceso de los cambios revolucionarios sociológicos, para llegar al comunismo.

Lo esencial en cada comunismo es la supresión de la propiedad privada; de ahí que el *Manifiesto comunista* insiste sobre este punto. El texto dice: «La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales heredadas» (8). Marx lanza la idea no solamente de la ruptura con el régimen tradicional económico-social, basado en la propiedad privada, sino también la ruptura con la «superestructura», es decir, con la cultura tradicional. Así, en el *Manifiesto comunista* está

---

socialista, siempre teniendo presente que la palabra «socialismo» aparece mucho más tarde y está usada en muy variados sentidos.

(8) El texto original es el siguiente: «Die kommunistische Revolution ist das radikalste Brechen mit dem überlieferten Eigentumsverhältnissen; kein Wunder, dass im ihrem Entwicklungsgange am radikalsten mit dem überlieferten Ideen gebrochen wird». *Manifest der kommunistischen Partei* 1848), en *Marx-Engels Studienausgabe*, III, s. 76.

plenamente presente el materialismo histórico: la estructura y la superestructura (*Bau und Überbau*).

¿En qué consiste esta ruptura con el pasado? En la destrucción radical de todo el pasado histórico por la revolución. Para Marx, la revolución no es solamente un proceso de cambio radical, es decir, de transformación de la sociedad histórica, sino ante todo es un proceso de destrucción radical, para que de ella no quede nada. No se trata de romper con el pasado, sino de destruirlo; no se trata del rompimiento, sino de la destrucción.

Para que este proceso revolucionario de la destrucción sea radical y completo, Marx asimila la doctrina blanquista sobre la revolución de cuatro etapas: burguesa, democrática, socialista y proletaria, lo que no significa necesariamente que estas etapas sigan una después de la otra, pues, a veces, estas etapas se completan mutuamente, ante todo en esta tarea de la destrucción del pasado. Así, la etapa democrática debería completar el proceso destructivo empezado por la etapa burguesa, mientras que la etapa socialista debería finiquitar el proceso destructivo de las etapas anteriores, y la etapa proletaria rematar todo el pasado, pues sólo sobre las ruinas completas del pasado puede empezar el comunismo marxista.

Veamos, pues, más de cerca estas etapas del proceso destructivo de la revolución marxista, la cual, según Marx, es la continuación y complementación de la Revolución francesa; es la Revolución francesa extendida a todo el mundo y de esta manera llevada a su plenitud.

### 1. La etapa burguesa.

¿Qué entiende Marx por la «etapa burguesa» de su revolución? La contestación no es fácil, pues aquí entran varios aspectos, de los cuales dos son de especial importancia, a saber: la toma del poder por la burguesía y, sirviéndose del poder tomado, la imposición desde arriba por violencia del proceso destructivo revolucionario, es decir, del proceso de la radical destrucción del pasado.

El mismo hecho de la toma del poder por la burguesía ya es un acto revolucionario, pues es un cambio esencial, radical y violento, por dos razones: primero, porque hasta este momento durante toda la historia de Europa (con la excepción de algunos casos de civilizaciones antiguas en las cuales el Estado se identificaba con la Ciudad) el poder se encontraba en las manos de los nobles (de los «caballeros» primero y de los terratenientes después), que viven en el campo y se identifican con el campo-agricultura; además, en muchos países, se identifican también con el feudalismo (la aristocracia, la nobleza alta y baja, los hidalgos, los campesinos libres y siervos) y también con el régimen *corporativo*; segundo, porque se trata de un cambio violento, radical y acompañado del terror.

El terror —simbolizado en Francia por la guillotina—, en el sentido de la masacre de la relativamente gran cantidad de población, es la característica principal de este cambio revolucionario. Mataban a todos los pertenecientes al estrato gobernante, no solamente porque él se defendía, prestando resistencia, sino ante todo para deshacerse de él para siempre. Es sabido cuán crueles fueron ambos modelos de la revolución marxista, el francés y el inglés, pues, en Inglaterra, Cromwel asesinó casi a todos los católicos y Francia perdió casi la tercera parte de su población.

¿Qué es esta «burguesía» que quiere tomar el poder y que tanto odia al «campo» y al pasado histórico?

La palabra «burguesía» viene de la palabra «burgo» o «burgo», la cual significa primeramente sólo el «fuerte», o las fortificaciones, o el castillo, como el centro de defensa del país, pero después, a medida que alrededor de este fuerte se asienta la población, el término «burgués» empieza a referirse a ella. Paulatinamente los fuertes y los castillos dan origen a las pequeñas agrupaciones, las cuales se transforman en las ciudades, cada vez más pobladas. Estas ciudades, en muchos casos, tienen una población algo distinta que la del campo, pues sólo una parte de la población de la ciudad proviene de la población «campesina», y otra parte se forma de los comerciantes y artesanos llegados

de otros países, a veces muy lejanos; de ahí que, en muchos casos, la población de la ciudad, del burgo, es decir, burguesa, es étnicamente distinta de la del campo. Además, también son distintas las ocupaciones, las costumbres, las creencias y culturas. Los extranjeros, especialmente si se trata de comerciantes y de artesanos, se radican con preferencia en la ciudad. Así, poco a poco, el elemento burgués se diferencia cada vez más del elemento «campesino», agrario. Se dan también los casos de las ciudades con población no solamente étnica y culturalmente distinta, sino enemiga. Así, por ejemplo, en España, alguna parte de la población burguesa es principalmente árabe y judía, mientras que en Polonia oriental es frecuentemente de origen armenio y judío y, en la parte occidental, alemana. En ambos casos, el de España y el de Polonia, con el correr del tiempo, estos elementos se asimilaron; sin embargo, si se trata de los judíos, esta asimilación siempre es sólo parcial, al menos cuando siguen profesando su religión ancestral. En Francia y en Inglaterra —y estos dos países nos interesan aquí especialmente, pues sus revoluciones burguesas sirven como modelos para la revolución marxista-comunista— también la población de las ciudades, al menos hasta la mitad del siglo XVIII (9) es algo distinta de la del campo, tanto étnica como culturalmente. Algunos historiadores subrayan que, durante la revolución en Inglaterra en el siglo XVII, especialmente en el tiempo de la matanza de los católicos por Cromwell, los habitantes de las ciudades del Reino Unido colocaban en sus ventanas candelabros de siete brazos para, de esta manera, escapar con vida. Pues bien, en estas dos sangrientas revoluciones, en la inglesa del siglo XVII y en la francesa del siglo XVIII, se lucha por el poder: la burguesía quiere arrebatar el poder de las manos de los terratenientes. Es la lucha del burgo contra el «campo».

(9) Al final del siglo XVIII empieza en Europa occidental una gran emigración de los campesinos a la ciudad, atraídos por los cambios que trajo la revolución industrial; sin embargo, si se trata de Inglaterra, el éxodo rural empezó ya en el siglo XV, cuando los latifundios dan preferencia al pastoreo y a la crianza de ovejas, lo que denuncia y lamenta Tomás Moro en su *Utopía*.

Sin embargo, la principal diferencia entre la población del campo y de la ciudad en el siglo XVIII, tanto en Francia como en Inglaterra, es cultural. La población del campo sigue profundamente piadosa y respetuosa de la tradición, mientras que la población de la ciudad, especialmente desde el Renacimiento y de la Reforma, abraza el liberalismo, el racionalismo, el individualismo, la secularización, el indiferentismo en materia de religión y, ante todo, rechaza el tradicional régimen «feudal» y corporativo.

Cuando Marx, en su proceso revolucionario, incluye la «etapa burguesa», piensa ante todo en la toma del poder por la burguesía, a la cual considera un elemento culturalmente muy distinto de la población del campo y especialmente de los terratenientes. Evidentemente, el interés de la «clase» burguesa diferiría mucho del interés de la población del agro, pues la ciudad rápidamente se transformaba, siendo influenciada por todo tipo de cambios traídos por la «revolución industrial»: la nueva manera de producir los bienes económicos, el desarrollo del comercio y un nuevo papel del dinero-capital.

Claro está que para Marx no se trata sólo de la toma del poder por la burguesía, sino de su uso por ella para destruir, desde arriba, todo el pasado cultural cristiano. En los planes de la revolución marxista-comunista, la «etapa burguesa» consiste en la destrucción radical del tradicional régimen político y socio-económico, ambos basados en la institución de la propiedad privada; durante esta etapa tiene que ser destruido completamente el régimen «feudal» y corporativo.

El tradicional régimen «feudal» y corporativo fue muy distinto en cada país europeo. Hay historiadores que no demuestran comprensión ni simpatía para con él, tal vez por dos razones. La primera es que, cuando hablan del feudalismo se refieren no a la época de su florecimiento, sino al período de su decadencia. La segunda razón es que muchos historiadores comparten la admiración por la «revolución burguesa», tanto inglesa del siglo XVII, como francesa del siglo XVIII, pues son partidarios del liberalismo, del racionalismo, del individualismo, del

secularismo y, ante todo, de la indiferencia en materia de religión.

Sin embargo, conviene opinar sobre el feudalismo no solamente en base a su período de decadencia, sino también de la época de su pleno florecimiento. Conviene recordar que el régimen feudal político y defensivo fue acompañado de un régimen social-económico corporativo, y que ambos son obras de la «historia», es decir, de la vida misma social, económica y política, de los acontecimientos y no de la voluntad humana dominada por alguna doctrina. Nadie los «inventó», pues se impusieron solos, como una necesidad de la vida social organizada y ordenada al bien común. Mas, por debajo de él se encontraba una profunda y acertada filosofía social, a saber, el concepto de la sociedad como algo semejante a un organismo biológico vivo. Sirviéndose de la analogía, se miraba a la sociedad como a un organismo, en el cual cada hombre tiene importancia y dignidad en razón a la totalidad de la sociedad. Como modelo de este concepto de la sociedad servía, siempre en base a la analogía, el mismo organismo humano, compuesto no solamente de partes integrales (la cabeza, el tronco, los brazos, las piernas, etc.), sino también de órganos (los «cuerpos intermedios»: el cerebro, los oídos, los dientes, el hígado, los riñones, etc.), compuestos de las respectivas células (10). Ninguna parte y ningún órgano del organismo es más importante que otro, y ninguna célula es más que las otras. Además, la importancia y el buen funcionamiento de cada parte, de cada órgano y de cada célula depende de su originalidad, gracias a la cual puede cumplir bien con su papel exclusivo dentro de la totalidad del organismo. Gracias a la ley de correlación y del mutuo condicionamiento, la plenitud del desarrollo de cada célula condiciona el buen funcionamiento de la totalidad del organismo, el cual, a su vez, condiciona la plenitud del desarrollo de la célula.

Pues bien, la sociedad feudal, y más todavía su parte «corporativa», análogicamente se presenta como un organismo en el

---

(10) Lo estudia admirablemente Aristóteles, como nos lo recuerda E. Gilson en su libro *De Aristóteles a Darwin (y vuelta)*.

cual cada hombre-célula vivía para el bien común, en este caso concebido como el bien de la totalidad de la sociedad; buscando su propio desarrollo, su propio bien, mediante el servicio al bien de todos, según la máxima de Santo Tomás: «Qui quaerit bonum commune multitudinis ex consequenti quaerit bonum suum» (II<sup>a</sup>-II<sup>as</sup>, 47). En otras palabras: el régimen feudal fue un régimen del mutuo servicio (11). Su decadencia tuvo varias causas, pero la principal fue, sin duda, el abandono de esta filosofía social, la cual fue reemplazada por el nefasto individualismo. Una vez perdida la conciencia de este mutuo servicio, el concepto de la sociedad-organismo fue reemplazado por el concepto de la sociedad-asociación. Al organismo se pertenece necesariamente, pues fuera de él una célula muere. No es así con el organismo-sociedad humana, pues el hombre-célula, fuera del organismo-sociedad no encuentra un ambiente propicio para su pleno desarrollo intelectual y moral (la práctica de las virtudes); sin embargo no muere, sino que su vida espiritual se atrofia, salvo algunas excepciones, como, por ejemplo, el caso de los cenobitas, pues para ellos la convivencia con los otros hombres está reemplazada por la convivencia con Dios.

Una vez reemplazado el concepto de la sociedad-organismo por el concepto de la sociedad-asociación libre, viene también el concepto del contrato: el hombre-individuo se junta con otros hombres-individuos sobre la base del contrato, es decir, de una libre asociación. En consecuencia, la sociedad-organismo es reemplazada por la sociedad-montón de arena, en la cual cada componente es como un grano de arena y no una célula viva como antes. En la sociedad-organismo todos los hombres-células están vinculados entre sí «orgánicamente», pues pertenecen a los «cuerpos intermedios»; en la sociedad-montón de arena los vínculos entre los asociados son casi nulos, pues el hombre-granito de arena no tiene nada de común con el otro hombre-granito de arena. En la sociedad feudal y corporativa nadie se sentía solo;

(11) Véase, al respecto, el estudio del profesor José Geraldo Vidigal da Carvalho, «Panorama Económico, Social e Religioso da Idade Média», en la revista brasileña *Rua Direita*, núm. 8, 1981.

en la sociedad-contrato el hombre es solitario, como lo subraya Rousseau: «L'individu est un tout parfait et solitaire». Además, según Rousseau, el hombre es una totalidad perfecta, es decir, autosuficiente y, por ende, no precisa convivir con los demás; lo que es absurdo, pues el hombre, por su naturaleza, es un ser sociable, es decir, necesita convivir con los demás y, ante todo, con Dios, sin lo cual no puede alcanzar la plenitud de su desarrollo.

Pues bien, la burguesía se diferencia de lo «feudal» y de lo corporativo, propio del «agro», precisamente en eso, que el «campo» sigue viviendo según la tradición «feudal» y corporativa, es decir, dentro de un régimen de mutuo servicio, mientras que en la ciudad se impone el individualismo, el cual, prácticamente, se identifica con el egoísmo. Al antiguo principio medieval «homo homini frater» se opone su versión individualista: «homo homini lupus».

Dentro del proceso de la revolución marxista, la «etapa burguesa» tiene por finalidad la destrucción completa del «feudalismo» y del corporativismo. Así, los antiguos gremios, los que en la Europa medieval usaban el nombre tradicional (desde los tiempos del imperio romano) de «universitas» (12), son reemplazados

---

(12) Nuestras universidades de hoy día, como escuelas superiores, son los únicos gremios medievales que siguen conservando el nombre «universitas». La Universidad de París usa hasta hoy día el sello con la inscripción «Universitas magistrorum et scholiarium» (según el latín de la Edad Media), es decir, «el gremio de los maestros y de los alumnos». La palabra «universitas», como todas las palabras del latín, salió paulatinamente del uso a medida que el latín —el cual fue el idioma común de todos los países europeos durante casi dos mil años—, fue reemplazado por los idiomas vulgares; sin embargo, también este desuso se produce a medida de que los gremios se transforman en «sindicatos». El gremio, por ser gremio («universitas»), es decir, variedad en la unidad, no podía tomar parte en la lucha de clases, pues sería eso contrario a su naturaleza y contradictorio con su vocación y su función social, como factor de unidad y de solidaridad. El término «universitas» es muy elocuente, pues subraya el papel unificador: «uni-versitas», unión en la diversidad, unidad y variedad. Al respecto, Juan Vallet de Goytisolo escribe: Donoso

por los «sindicatos», siendo éstos asociaciones encargadas de la defensa de los intereses egoístas de sus asociados, sin tomar en cuenta el bien común, es decir, a la totalidad de la sociedad.

En el plano político, la revolución burguesa destruye ante todo el régimen jerárquico y su forma jurídica expresada en la institución de la monarquía. Si, algunas veces, la revolución burguesa conserva a la monarquía, como ha ocurrido, por ejemplo, en Inglaterra, en 1688, lo hace solamente después de adaptarla a sus exigencias ideológicas, quitándole todo lo tradicional; desde ahora, dentro del régimen político nuevo, impuesto por la revolución burguesa, el monarca no gobierna en el nombre de Dios, y su autoridad no viene de Dios, pues, aceptando el compromiso con la ideología de la democracia moderna, el monarca recibe su autoridad del pueblo y responde ya no ante Dios, sino ante el pueblo (prácticamente ante el Parlamento). No hay ninguna diferencia esencial entre un «presidente» y un monarca «burgués», pues ambos, de hecho, están engranados dentro del sistema republicano-democrático «burgués» inmanentista: el «pueblo» se gobierna a sí mismo, sin ninguna referencia a Dios y a

---

Cortés (en *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, capítulo II; cfr. en *Obras escogidas*, ed. de 1903, vol. I, págs. 28 y sigs.) había hecho notar que el Dios católico es uno en la substancia y múltiple en sus personas: "la unidad, dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente". "Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad; porque es variedad en familia. En su esencia están de una manera inenarrable e incomprendible, las leyes de la creación y los ejemplares de todas las cosas, Todo ha sido hecho a su imagen; por eso la creación es una y varia". La palabra *universo*, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno. Por eso, como nos explica Wilhemsen ("Donoso Cortés y el poder político", en *Verbo*, núm. 69, pág. 74), según Donoso, la monarquía absoluta pecó al "despreciar y suprimir todas las resistencias" contra el poder, al destruir aquellas jerarquías corporativas en las que estas resistencias habían nacido y que eran su encarnación. El absolutismo, pues, "violó la ley de Dios". Al hacerlo, violó la ley de la variedad y de la unidad». *Datos y notas sobre el cambio de estructuras*, Speiro, 1972, págs. 212 y siguientes.

sus leyes (la ley natural y la ley positiva divina), sirviéndose sea del régimen republicano, sea del régimen monárquico. Se trata de una «revolución», es decir, de un cambio esencial y completo en la filosofía política: del trascendentismo se pasa al inmanentismo (13).

(13) Se trata de un problema de principios de una extraordinaria importancia, a saber: de la trascendencia y la inmanencia del poder. La filosofía política católica está fundada sobre el principio de la trascendencia del poder, es decir, que todo poder viene de Dios y el gobernante gobierna en el nombre de Dios y por el mandato divino (por ejemplo, los padres en la familia, el rey en el Estado, etc.), como lo dice San Pablo: «Non est potestas nisi a Deo» (*Rom.*, XIII,1), recordando la enseñanza del Antiguo Testamento: «per me reges regnant et legum conditores iusta decernunt» (*Prov.*, VIII,15). Por eso, el obedecer a la autoridad y al poder de otro hombre no viola la libertad humana, ni a la dignidad de la persona humana, pues, al fin y al cabo, se obedece sólo a Dios, a quien este hombre representa.

Sin embargo, este principio, que fue respetado en las sociedades cristianas hasta la Revolución francesa (1789-1799), es ya atacado y debilitado por las ideologías del Renacimiento (el cual fue, principalmente, el renacimiento del paganismo), ante todo por Marsilio de Padua, en su *Defensor Pacis*, y por Maquiavelo y, después, en Francia, por Jean Bodin, quien vuelve al principio «bizantino» (pues llegó a Roma desde Bizancio) de Ulpiano: «quod principi placuit legis habet vigorem». Mas, es sólo gracias a la Revolución francesa, durante la cual se impone la moda de la democracia rousseauniana, basada en el culto del hombre y en el culto del «pueblo», que estos principios paganos inmanentistas entran en vigencia y se empieza a aplicar al «pueblo» tanto el principio de Ulpiano, colocando el «pueblo» en lugar del príncipe («quod populi placuit legis habet vigorem»), es decir, lo que votó el Parlamento tiene valor de la ley, como también las palabras de San Pablo, poniendo blasfemamente al «pueblo» en el lugar de Dios («non est potestas nisi a populo»), llegando de esta manera al concepto inmanentista del poder, lo que condena el Papa León XIII en las encíclicas *Humanum genus* e *Inmortale Dei*.

Estas dos diferencias filosóficas se encuentran en la base de la antigua monarquía. La monarquía cristiana está fundada en la convicción de que el poder viene de Dios, de que el monarca gobierna en el nombre de Dios y que es responsable por su gestión ante todo delante de Dios. La monarquía absolutista (también de los reyes que se dicen ser cristianos, pero que lo son solamente en su vida privada), estando basada en el principio inmanentista, considera que el gobernante tiene un poder ilimitado,

En el régimen tradicional, el rey fue «servus servorum Dei» y, cuando los Papas empiezan a usar este título sólo se aplica al poder papal una expresión que, de hecho, fue una tradición feudal, respetada por los monarcas hasta el Renacimiento y hasta el absolutismo, predicado por Marsilio de Padua, por Jean Bodin y otros. Dentro del sistema feudal, el rey fue el pivote, la pieza principal de toda la estructura política, mientras que, dentro del sistema nuevo, impuesto por la «etapa burguesa» de la revolución total, donde se salvó la monarquía, el rey se asemeja al «presidente», como representante del Estado y del pueblo, gozando sólo de los poderes previstos por la cambiante constitución política y limitándose por la cambiante voluntad del «pueblo» (del Parlamento).

La burguesía, que en el siglo XVIII lucha en Francia contra

---

salvo algunas disposiciones constitucionales, impuestas por el «pueblo» y pactadas con él. Además, durante la Edad Media, el poder del monarca fue muy limitado por el mismo régimen feudal y por el régimen corporativo, es decir, por la existencia de los «cuerpos intermedios» que absorbían una gran parte del poder. Cuando, gracias a la Revolución francesa, entra en vigencia la moderna democracia inmanentista, el poder absolutista del rey es reemplazado por el poder absolutista del «pueblo», es decir, del Parlamento o de la Asamblea Nacional y, en la práctica, la tiranía de la democracia resulta ser mucho peor que la supuesta tiranía del rey.

Desde el punto de vista teológico, la filosofía trascendental ordena la vida política hacia Dios, mientras que la filosofía política inmanentista la subordina al «pueblo», pero prácticamente a Satanás, pues quien no está con Dios, está con el Diablo, como lo expone con toda claridad San Agustín en su obra *De Civitate Dei*: «quarum est una Dei altera diaboli» (libro XXI, cap. 1, pl. 709) y agrega: «civitates duas, unam diaboli, alteram Christi, et earum regem diabolum et Christum» (libro XVII, cap. 20, pl. 556). Y nuestra generación sabe muy bien que no hay ninguna exageración en esta afirmación, pues ya hemos experimentado el infierno hitlerista y seguimos experimentando el infierno del bolchevismo, las dos formas políticas totalitarias del inmanentismo, el cual también está presente, en forma disfrazada, en casi todas las democracias modernas.

Sobre este tema, véase, José Pedro Galvão de Sousa, «Trascendencia e imanencia del poder», en la revista *Verbo*, núm. 233-234, págs. 179-190, Madrid. También, véase, Juan Antonio Widow, *El hombre, animal político*, 1984; Osvaldo Lira, *El orden político*, Santiago de Chile, 1985.

los remanentes del feudalismo y corporativismo, está entusiasmada con el liberalismo, el individualismo y el racionalismo, formando de ellos una ideología democrática inmanentista, deificadora del pueblo y, por ende, conscientemente opuesta al cristianismo. De ahí que, para Marx, esta «etapa burguesa» de su revolución comunista tenga una importancia muy especial, pues significa, ante todo, la lucha contra el orden cristiano y contra los valores culturales del cristianismo.

Huelga decir que esta revolución burguesa es, principalmente, espontánea, que sólo parcialmente es manipulada de modo consciente y aprovechada por los enemigos del cristianismo, y que estos manipuladores ni siquiera sospechan que ella es considerada por los marxistas como una etapa indispensable dentro de la revolución marxista-comunista, una etapa necesaria para rematar los restos del feudalismo y del corporativismo. Sin embargo, este proceso espontáneo de los cambios históricos, en la medida en que se está cumpliendo, contribuye a que sus destacados protagonistas lleguen a tomar conciencia de lo que pasa y cada vez más conscientemente influyan sobre ellos, lo que, a su vez, produce una situación tan confusa que se hace casi imposible discernir entre lo espontáneo y lo conscientemente producido por algunos grupos organizados, la existencia de los cuales es segura. En la mayoría de los casos se trata de agrupaciones secretas, lo que impide a los historiadores su valoración exacta. Cuánto hubo y hay en estas asociaciones clandestinas de elementos puramente aventureros y cuánto de elementos serios y responsables, tal vez nunca lo vamos a saber exactamente. Lo único cierto es que la «revolución burguesa» no hubiera sido incluida por Marx dentro del esquema de su revolución comunista como primera etapa, si no estuviera bajo la influencia de la ideología anticristiana (14).

---

(14) Hay que reconocer que, en algunos casos, como lo son el de Alemania y el de Italia, las organizaciones secretas políticas, que manipulan y aprovechan el espontáneo proceso histórico de la descomposición del feudalismo y del corporativismo, tienen también otras motivaciones que las arriba mencionadas, a saber: la lucha por la unidad nacional. Ambos pa-

El esquema de la revolución marxista-comunista de cuatro etapas es mundial, pues se trata de la *Weltrevolution* (la revolución mundial), es decir, la que se extiende a todo el mundo, a todos los países, sin excepción ninguna. Desgraciadamente, en la actualidad, muchos países pasan por la «revolución burguesa» (especialmente los países de la América Central y del Sur, los países asiáticos y africanos, la India, Australia, etc.), sin darse cuenta de que ella es —como lo fue en el caso del siglo XIX con los países europeos y con Rusia— solamente la primera etapa de la revolución marxista-comunista. Es doloroso constatar que los políticos de estos países no aprendieron nada de la dolorosa experiencia europea y que repiten los mismos errores que cometieron los políticos europeos, permitiendo a los marxistas manejar la «revolución burguesa» según los intereses de la revolución marxista-comunista.

La revolución burguesa —si no estuviese vinculada con la ideología anticristiana y si su desarrollo estuviese basado fielmente en la ley natural, la cual, siendo una ley «grabada por Dios en el corazón humano» (San Pablo en la *Carta a los roma-*

---

ses, al principio del siglo XIX, están compuestos de muchísimos pequeños Estados que, en el caso de Italia, a veces se identifican incluso con ciudades; el despertar del nacionalismo busca la unidad política y ve el camino hacia ella en la aceleración de la revolución burguesa, como una fuerza histórica capaz de destruir con su dinámica al antiguo régimen político y abrir el camino al proceso unificador. Por este motivo, algunas de estas conspiraciones políticas se aprovechan de todos los movimientos subversivos y revolucionarios de la época. En Italia, la lucha contra los Estados Pontificios llevada a cabo fue motivada no solamente por las mencionadas ideologías anticristianas, sino también por razones patrióticas. El dogmatismo de Marx y su rígida clasificación de la sociedad en dos clases, la burguesa y la proletaria (clasificación completamente arbitraria y contraria a la realidad, pero sí de acuerdo con su dialéctica) no le permitían ver esta lucha por la unidad política, lo que desesperaba a los líderes nacionalistas italianos y alemanes, que estaban en contacto con Marx desde 1848. Los pueblos sojuzgados por los grandes imperios, como Rusia, Prusia y Austria, apoyaban la revolución burguesa, pues veían en ella una dinámica capaz de debilitar el *establishment* político del siglo XIX y acelerar la hora de la liberación política.

nos), está presente siempre y en todas partes, constituyendo una sólida base para una convivencia solidaria de todos los pueblos y de todas las personas—, podría tener en la historia de la humanidad un papel muy positivo, pues, en este caso, el paso del feudalismo a un nuevo régimen político no tendría un carácter destructivo de todo el pasado histórico, sino constructivo: la edificación de una nueva etapa, como continuación de la anterior. En este caso tampoco podría ser aprovechada por los gansters internacionales y encuadrada en la dirección de la destructora revolución marxista (*die Weltrevolution*), ni de la imperialista revolución bolchevique mundial (*der Weltoktober*). Desgraciadamente, no consta que los políticos de algún país tengan una clara visión de este problema. Es una tragedia el hecho de que la inevitable «revolución burguesa» (y lo mismo se puede decir respecto a la «revolución democrática») sea, hoy día, en los países del Tercer Mundo —tal como lo fue ayer en Europa y en Rusia—, sólo una etapa de la revolución marxista-comunista, es decir, una etapa en el camino que conduce al totalitarismo y a la esclavitud.

¿Por qué este espontáneo proceso histórico no es hoy día conscientemente dirigido por los políticos cristianos en favor de una nueva sociedad libre y respetuosa de la dignidad humana, de manera parecida como fue manipulada en el siglo XIX por los enemigos del cristianismo en favor de la futura sociedad comunista y totalitaria? ¿Acaso los cristianos de hoy día no pueden asumir una responsabilidad histórica parecida a la que asumieron los cristianos de la época de la decadencia del imperio romano? Ellos, los del siglo quinto y de los siguientes, sin vacilación canalizaron el proceso histórico espontáneo en la dirección de la «Ciudad de Dios» e impidieron la imposición del bandidismo, de la barbarie, de la destrucción de la tradición y de la cultura, incluso de la pagana grego-romana y de los valores de otras innumerables culturas del descompuesto imperio romano y que, con su valiente lucha e infatigable trabajo, construyen la Cristiandad.

¿Por qué, pues, nosotros, en el siglo XX, encontrándonos en

condiciones mucho más favorables, no aceptamos este mismo desafío? ¿Acaso no es más fácil imprimir el carácter cristiano al cambio histórico del paso del feudalismo a la civilización urbana (para no usar el ya tan gastado término «burguesa»), el paso que dan hoy día los países del Tercer Mundo, donde la influencia cristiana está presente tal vez no en menor grado que en el siglo quinto entre los pueblos bárbaros de la Europa de entonces?

Al menos, aprovechando la dolorosa experiencia europea, deberíamos defender este proceso de cambio contra la incorporación en el proceso de la revolución marxista para que no sirva para la construcción, por la Unión Soviética, de un Gulag mundial.

Sin embargo, la historia nos enseña que lo que no es de Dios es del mundo, es decir, del «Príncipe de este mundo», como Cristo llama a Satanás. San Agustín tenía razón afirmando que la sociedad o es de Dios o del Diablo: «quarum est una Dei altera diaboli» (*Civitas Dei*, lib. XXI, I, 709). Si no vamos a luchar por la Cristiandad adaptada a nuestros tiempos, vamos a vivir en el Gulag, al cual nos lleva fatalmente la revolución marxista, de la cual la «revolución burguesa» es sólo la primera etapa.

Además, esta «etapa burguesa», en su primera realización histórica en Francia, al menos desde la revolución de los años 1789-1799, tuvo un evidente carácter satánico, no solamente por el terror y su símbolo, la guillotina, sino ante todo por su afán de destrucción, por la consciente voluntad de destruir todo. Basta al respecto recordar, una vez más, las palabras del presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, Jean-Paul Rabaud de St. Etienne, pastor protestante e integrante del grupo girondista: «tout détruire», o al menos cambiar, como, por ejemplo, cambiar el sentido de las palabras («changer les mots»). Friedrich Hayek, en su libro *El camino a la servidumbre*, nos recuerda cómo la revolución cambió el sentido de las palabras «libertad» y «liberación». Este libro de Hayek fue escrito durante la segunda guerra mundial, es decir, antes de que aparecieran las

actuales «teologías marxistas de la liberación». Sin embargo, es evidente que estas «teologías» se sirven de los términos «libertad» y «liberación» no en el sentido tradicional cristiano, sino en el sentido impuesto por el socialismo engendrado por la Revolución francesa. El hombre fue «libre», en el sentido tradicional cristiano, mientras fue independiente de Satanás, la cual independencia la perdió por el pecado original, haciéndose esclavo de Satanás; pero por la Redención recupera esta libertad perdida. Las «teologías marxistas de la liberación» pretenden revertir esta situación, por el camino de la «liberación» del hombre de la creencia en la existencia de Dios y, por ende, entregando de nuevo al hombre a Satanás y reduciendo la Redención de Cristo a la «liberación» del régimen capitalista.

Este es el sentido esencial del papel de la «etapa burguesa» en la revolución marxista, la etapa que más exactamente debería llamarse liberal.

## 2. La etapa democrática.

La democracia es, al menos, tan antigua como la civilización europea. En la antigua Grecia la encontramos frecuentemente en los pequeños Estados-ciudades; sin embargo, la de Atenas llegó a ser un modelo para todos los tiempos, un modelo que, en cada lugar y en cada época, toma distintas formas. Mas a nosotros, aquí, nos interesa destacar que desde la decisión de Marx y de los blanquistas de incluir a la democracia como una «etapa» dentro del proceso de la revolución comunista, nos encontramos frente a dos democracias, a saber: una como un régimen político definitivo y, otra, como una corta etapa que fatalmente debe llevar al comunismo. Desgraciadamente, todos los que abogan por el régimen democrático nunca mencionan esta esencial diferencia y, entonces, no se sabe si desean la democracia como un régimen definitivo o la reclaman solamente como una etapa hacia el comunismo. Más todavía, según Marx y los blanquistas, *cada* democracia puede ser incluida dentro del esquema de la revolución

comunista, como una etapa pasajera, pues cada democracia puede ser adecuadamente manipulada y aprovechada por los marxistas, de la misma manera como manipulan cada revolución burguesa, transformando ambas revoluciones, burguesa y democrática, en las etapas indispensables para llegar al comunismo. Sin embargo, la historia de los últimos 150 años demuestra que, a pesar de que cada democracia puede ser manipulada por los marxistas y canalizada por ellos en favor de la revolución comunista, hay algunos tipos de democracia que sirven para este propósito mejor que otros, y a ellas se las suele llamar la «kerensyzna», pues fue Alexander Kerensky quien encabezó este tipo de democracia en Rusia, pavimentando conscientemente el camino hacia el comunismo (15), un camino muy corto, pues duró apenas ocho meses.

Siendo la democracia prevista como una etapa dentro del proceso sociológico de la revolución marxista, es de suma importancia, para el análisis de este proceso, recordar sus principales antecedentes. Además, en los últimos tiempos, especialmente después de la segunda guerra mundial y de la caída de los sistemas políticos «diques» contra la avalancha de la destructora revolución marxista-comunista, como lo fueron el fascismo de Benito Mussolini en Italia, el nacional-socialismo de Adolfo Hitler en Alemania y, ante todo, el régimen del general Francisco Franco en España y el de Oliveira Salazar en Portugal, sin hablar de los muchos otros sistemas políticos que los imitaban en otras partes del mundo, como el peronismo (justicialismo) del general Juan D. Perón en Argentina, etc., todos los que pretenden combatir al totalitarismo se declaran «democráticos» o «demócratas», olvidando que las democracias también pueden resultar ser totalitarias y tiránicas.

Recordemos, pues, que el término «democracia» no siempre

---

(15) Alberto Falcionelli, el conocido historiador de Rusia en general y, especialmente, de su período del siglo XIX, destaca el nefasto papel al respecto del representante principal de los liberales Pablo Miliukow, el dirigente del Partido Constitucional Democrático. Véase su *Manual histórico de soviología*, Buenos Aires, 1983, *passim*.

significa lo mismo. En la antigua Grecia se entendía por «democracia» un régimen político en el cual el gobierno pertenecía al «pueblo» (por lo cual se entendía que todos los ciudadanos eran libres, con exclusión de los esclavos); de ahí el término «democracia», es decir, el gobierno del pueblo, para distinguirlo de otros sistemas de la época, como la «monarquía», es decir, el gobierno de uno (del rey), «oligarquía», el gobierno de algunos, es decir, de un grupo; «aristocracia», el gobierno de los mejores, de los más cultos. Se trata de la terminología de la época, recogida por Aristóteles en su *Política*. Aristóteles afirma que la democracia de su tiempo fue el peor sistema político de todos y que se identificaba, a veces, con la demagogia y con la tiranía. Demóstenes confirma estas afirmaciones y da algunos ejemplos concretos, según los cuales la democracia se prestaba a las manipulaciones por los enemigos del país, pues éstos fácilmente compraban a los líderes democráticos, lo que nos recuerda últimamente el escritor político francés Jean François Revel en su libro *Cómo terminan las democracias* (16).

Sin embargo, conviene recordar que, en la antigua Grecia, el sistema democrático encontraba condiciones especialmente favorables, pues se trataba de los pequeñísimos Estados-ciudades, donde la totalidad de los ciudadanos (sin contar a los esclavos) no sobrepasaba a los dos mil, y donde las cotidianas reuniones

---

(16) «Nuestra ciudad es la única en que se garantiza la impunidad a los que hablan en interés de nuestros enemigos, la única donde uno puede hacerse pagar sin ningún riesgo por ellos por lo que se dice». «Cuando se habla de Filipo (de Macedonia), inmediatamente uno de sus corresponsales se levanta entre vosotros para exponeros la dulzura de vivir en paz y cuán oneroso es subvenir al mantenimiento de un ejército. Quieren arruinaros, exclaman. Os persuaden así a posponer todo para que más tarde, y dan a vuestro enemigo tiempo y medios de llegar con toda tranquilidad a sus fines. Vosotros ganáis todavía un momento de reposo, a la espera de tener que reconocer un día lo que os habrá costado ese respiro. Ellos, por su lado, consiguen seduciros... y la remuneración convenida». Demóstenes, *Sobre los asuntos del Quersoneso*, párr. 52-53. Citado por Jean-François Revel, *Cómo terminan las democracias*, París, ed. cast., Planeta, 1983, pág. 70.

de todos los ciudadanos —se trata de la «democracia directa»— tenían lugar en el anfiteatro, al aire libre, que no debería pasar de las dimensiones necesarias para una participación no mayor de dos mil personas (17), porque, en el caso contrario, la voz humana no podría ser bien oída por todos los presentes. Esta pequeña cantidad de ciudadanos permitía el mutuo conocimiento entre todos y de ahí la plena responsabilidad en las votaciones (en las democracias modernas se vota por personas desconocidas). Las diarias reuniones, por todo el día, fueron posibles, pues estos ciudadanos normalmente no trabajaban, dejando la actividad productiva exclusivamente a los esclavos. Sin embargo, a pesar de estas excepcionales condiciones, la democracia directa en la antigüedad tenía la opinión de ser la peor forma de gobierno. Además, el mismo sistema democrático no se presentaba como alternativa contra el totalitarismo y la tiranía; al contrario, muy a menudo demostraba tener tendencias tiránicas y totalitarias, sin hablar de la intolerancia, de la cual Sócrates fue una de sus víctimas.

En la Edad Media, dentro del sistema feudal y corporativo, quedaba poco espacio para la democracia; sin embargo, el sistema democrático de la elección del gobernante por votación fue tomado en cuenta, sobre lo cual escribe Santo Tomás de Aquino (18).

---

(17) Sin embargo, en la práctica, este principio no siempre podría ser aplicado. Así, por ejemplo, «en Atenas, la proporción numérica entre libres y siervos tiene, a lo largo del tiempo, notables variaciones, lo cual tiene su explicación en el hecho de que la principal fuente para provisión de esclavos fueron las guerras victoriosas: según un censo efectuado en el año 310 a. C., los habitantes de la ciudad eran 21.000 ciudadanos libres, 10.000 extranjeros y 400.000 esclavos», como nos lo recuerda Gonzague de Reynold, *La formación de Europa*, vol. II; *El mundo griego y su pensamiento*, citado por Juan Antonio Widow, en *El hombre, animal político*, ob. cit., pág. 114.

(18) «Talis enim est optima politia, bene commixta ex regno, in quantum unus praeest; et aristocratia, in quantum multi principatur secundum virtutem; et ex democratia, id est potestate populi, in quantum ex popularibus possunt eligi principes, et ad populum pertinet electio princi-

En la temprana Edad Media se distingue entre la democracia política y la democracia social. Por la primera se entiende la participación de la población en la elección del «príncipe» (por el cual se entiende al gobernante), mientras que por la segunda se entiende el respeto de la dignidad de la persona de cada habitante, sin distinción de su profesión o «estado» (estamento), raza o religión. La democracia social fue introducida por el cristianismo, pues la Iglesia, desde el primer momento de su existencia, trató por igual a todos sus miembros, tanto libres como esclavos, tanto a los «señores» como a sus siervos o criados. El mismo hecho de que, en el templo, todos por igual se acercaran al altar para recibir la Sagrada Hostia y otros sacramentos fue de tal importancia práctica que, rápidamente, borró la «distancia social» y todos se sentían hermanos, viviendo en plena solidaridad.

La democracia política se extendió en Europa a medida que la «revolución burguesa», basada en el liberalismo e individualismo, destruía el régimen feudal y corporativo. El individualismo de J. J. Rousseau se impone como el fundamento ideológico del nuevo tipo de democracia, la cual coloca en el «pueblo» mismo la fuente del poder, rompiendo con la tradicional enseñanza de la Iglesia de que todo poder y cada autoridad vienen exclusivamente de Dios. El paso siguiente constituye la deificación del «pueblo», como consecuencia de la previa deificación del hombre. Esta es la ideología de la Revolución francesa (1789-1799), en consecuencia de la cual aparece la democracia totalitaria, la que tiene sus raíces en el inmanentismo de Kant y de Hegel, heredado de la filosofía panteísta de Baruch Spinoza (1632-1677). Si Dios se identifica con el cosmos y no existe fuera de él, es lógico pensar que se manifieste ante todo en lo que es lo más perfecto en el cosmos, es decir, en el hombre. Así, la democracia no se limita a ser solamente un sistema político, sino

---

pum», *Summa Theol.*, I-II, q. 105, a. 1. Citado por Juan Antonio Widow, (La democracia en Santo Tomás», en la revista *Philosophica*, editada por la Universidad Católica de Valparaíso, Chile, núm. 1, págs. 203-217.

que llega a ser una religión, un culto del hombre y del pueblo, o de la humanidad. En el siglo XIX esta ideología penetra incluso en el clero católico (Felicité de Lamennais), lo que condena al Papa Gregorio XVI (1834).

Evidentemente, no todos los demócratas del siglo XVIII son conscientes partidarios del culto religioso del hombre y del «pueblo». Así, por ejemplo, la conocida fórmula de los demócratas norteamericanos de los tiempos de la lucha por la Independencia: «The government of the people, by the people and for the people (el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo)» es mantenida también por los demócratas cristianos no afectados por el panteísmo e inmanentismo, pero, para los norteamericanos, de todas maneras la democracia es algo más que un sistema político, pues es también una filosofía de vida y una ideología; la conciben como algo opuesto al totalitarismo, olvidando que la democracia no es una alternativa frente al totalitarismo y la tiranía, pues, a veces, también ella se hace totalitaria y tiránica.

No hay que olvidar que los dos totalitarismos más peligrosos de nuestro tiempo, el bolchevique (el marxismo-leninismo) primero y el hitlerista (el nacional-socialismo) después, comenzaron como democracias. Los bolcheviques (los marxistas-leninistas) llegaron en Rusia al poder gracias al gobierno democrático-liberal de Miliúkov y Kerensky, y Adolf Hitler, en Alemania, también llega al poder por el camino típicamente democrático, por las elecciones parlamentarias, y hasta el fin de su vida y de su gobierno contó con el consenso de la gran mayoría de los alemanes. También el fascismo de Mussolini —al cual no se puede calificar de «totalitario», pues ni pretendía dominar el interior del hombre (su alma, sus convicciones y sus creencias), ni suprimir la libertad de la actividad económica (pues fomentaba la libre empresa, la economía social de mercado y la propiedad privada) y respetaba a la monarquía— llegó al poder por el camino democrático de las elecciones y de la libre decisión del rey. Así, la democracia no siempre es una alternativa frente al totalitarismo e incluso ella misma, a veces, toma carácter totalitario, lo que se-

ñalan muchos especialistas en ciencias políticas (19). Más todavía, cada democracia es prevista por Marx como camino seguro hacia el comunismo. ¿Por qué? Porque contribuye a la destrucción del régimen tradicional, basado en la ley natural y en la experiencia de varios milenios; también contribuye a la destrucción de toda la tradición, lo que es el principal fin de la revolución marxista. Además, cada régimen democrático, por ser democrático, tiene que tolerar todas las opiniones, doctrinas, ideologías (claro está, con excepción de las tradicionales) y, entonces, también a las marxistas-comunistas. Si, a veces, alguna democracia se atreve tímidamente tomar medidas contra la violencia, el terror, la subversión y las actividades antipatrióticas de los marxistas-comunistas, es inmediatamente atacada y censurada... por las democracias de todo el mundo. El conocido escritor Jean François Revel, en su libro *Cómo terminan las democracias*, demuestra que todas las democracias, tarde o temprano, llevan al totalitarismo y que, en muchos de los casos, quieranlo o no, llevan al comunismo.

Claro está que no conviene ser pesimista y sostener que cada democracia siempre es una antesala del comunismo, pero también es peligroso olvidar que así puede ocurrir, pues —repetimos— toda democracia está prevista por Marx como una etapa indispensable en su proceso revolucionario que fatalmente va hacia el comunismo. Lo grave es que casi todos los políticos demócratas parecen no saber nada de estos planes de los marxistas, o fingen que no lo saben, haciéndose cómplices de la revolución marxista. Y lo más grave, y más peligroso, es que muchos de los dignatarios de la Iglesia actúan como si la revolución marxista no existiera, y los pocos que la notan no le dan la debida importancia, tomando frente a ella una actitud que supone el completo desconocimiento de sus cuatro etapas. Pareciera que, para ellos, en el mejor de los casos, la revolución marxista se

---

(19) J. L. Talmon, *The origins of totalitarian democracy*, Secker and Warburg, London, 1952; Jean Madiran, *Le principe de totalité*, Paris, 1963; Claude Polin, *L'esprit totalitaire*, Paris, 1977; Marcel de Corte, *La tentation totalitaire dans l'Eglise de Dieu* (Courrier de Rome, núm. 190).

identifica sólo con la violencia, los disturbios, las guerrillas, las huelgas, etc., pero no ven lo más importante: que la revolución marxista es, ante todo, un proceso sociológico irreversible, destructor de la sociedad, que pasa por las cuatro etapas señaladas, una de las cuales es, precisamente, la democracia.

Algunos prelados, incluso, identifican la democracia moderna política con el cristianismo, olvidando que nació de la sangrienta Revolución francesa y que empezó su carrera matando «al por mayor» a los ciudadanos (al principio, ante todo, al clero regular y secular) y a las ciudadanas (principalmente a las monjas) con la guillotina, acompañada con la música de la Marsellesa, y que esta hecatombe, por su horror y por la cantidad de las víctimas, sobrepasa al holocausto de Hitler. Así se presentaban, en la práctica, los «derechos humanos» en la primera democracia moderna en Francia (20). No respetaba ni el derecho a creer en Dios, ni el derecho a la vida. El mismo hecho de que estos asesinos tanto cacareasen sobre los «derechos humanos» ya es muy elocuente. Durante el régimen tradicional feudal y corporativo los derechos humanos fueron tan respetados que no hubo necesidad de hablar de ellos.

Actualmente, las democracias modernas reclaman, siempre en nombre de los derechos humanos, el derecho a asesinar al niño no nacido, el derecho al divorcio, es decir, al rompimiento de la promesa sacramental matrimonial, el derecho a la eutanasia, es decir, al asesinato de los ancianos y enfermos, el derecho a la convivencia homosexual, el derecho a no respetar los Diez Mandamientos, el derecho a la rebelión y a la revolución, pues «quod populi placuit legis habet vigorem» es el principio básico de las democracias modernas y, por ello, ellas mismas se ubican como etapas de la revolución marxista.

También los terroristas invocan los derechos humanos y, ante todo, los comunistas, habitantes de los países todavía no «libe-

---

(20) Casi lo mismo ha ocurrido, un siglo antes, en Inglaterra con ocasión de la introducción de la democracia por Cromwell, evento acompañado con la masacre de casi todos los católicos, y que puso fin a la «merry England».

rados». De ahí que, en nuestros tiempos, lo que más facilita a los comunistas la realización de la revolución marxista sean precisamente los derechos humanos, pues, en nombre del respeto por ellos, se ataca a cada gobierno que se opone a la destrucción llevada a cabo por la revolución marxista.

Gracias a los derechos humanos, que casi se identifican con la democracia moderna, se reclama la libertad de prensa, de palabra, de información, etc.; gracias a los derechos que en sí mismos son completamente justificados e inobjetable, la revolución marxista puede desarrollarse no sólo impunemente, sino, incluso, bajo la protección de la ley y de los tribunales.

Enormes fondos, proporcionados no solamente por la Unión Soviética, sino también por los capitalistas liberales de los países democráticos, simpatizantes del marxismo, facilitan a los comunistas dominar la prensa, la radio, la televisión, el teatro, las empresas editoriales, las distribuidoras de libros, lo cual les permite influir sobre la opinión pública y desarrollar la revolución. En los tiempos de Mao-Tse-Tung se oía hablar mucho de su «revolución cultural»; sin embargo, raras veces se oye hablar algo de la revolución cultural marxista realizada impunemente en los países todavía libres, en los cuales se destruyen todos los valores, y que se extiende incluso dentro de la Iglesia.

La democracia parlamentaria, basada en el sistema de los partidos políticos, después de la primera guerra mundial, no fue capaz de frenar a la revolución marxista en ningún país, tal vez por dos causas: una, por la asombrosa ignorancia respecto a la misma revolución marxista, y otra, porque casi todos los partidos políticos fueron profundamente infiltrados por los comunistas, como lo exige el documento de la Tercera Internacional, llamado «Las 21 condiciones» (21). Esta incapacidad de las de-

---

(21) Se trata de un documento adoptado en el Segundo Congreso del Komintern (Internacional Comunista), el año 1920. Estas «21 condiciones» tienen que ser aceptadas y firmadas por los representantes de los partidos de izquierda que desean ser reconocidos como «comunistas», es decir, como secciones del partido comunista único mundial con sede en Moscú. Algunas de estas condiciones se refieren a la obligación de infiltrar a todas las

## LA TEOLOGIA DE LA REVOLUCION

mocracias para defenderse de la revolución marxista y no dejarse manipular y utilizar como una etapa hacia el comunismo, las llevó, en algunos países, a posiciones «fascistas».

Pero peor todavía se presenta esta incapacidad de las democracias después de la segunda guerra mundial. Tanto en Europa como fuera de ella, los partidos democráticos, de todas las tendencias, llegaron a ser víctimas de la infiltración comunista, hasta el punto de que, en muchos casos, esta infiltración ya no es ni siquiera secreta. Gracias a esta infiltración, muchos partidos democráticos, conscientemente, cumplen el papel «etapista» previsto para ellos por la revolución marxista, pues a los comunistas les da lo mismo si la «etapa democrática» es realizada directamente por ellos o indirectamente por los que ellos llaman «tontos útiles» (la expresión es de Lenin); lo importante para los comunistas es que esta tarea sea hecha y bien hecha.

En este proceso un papel muy importante lo cumple la «democracia cristiana». En muchos países es considerada como una alternativa frente a los partidos de extrema izquierda laica y, sin duda, en algunos casos es así. Sin embargo, en la mayoría de los casos esto es una ilusión, pues, frecuentemente, la democracia cristiana llega al poder precisamente gracias al apoyo del partido comunista, el cual, en las elecciones, prefiere no presentar a sus propios candidatos, votando por los del partido demócrata-cristiano (22).

Esto es una paradoja fácil de comprender para los que conocen la «teología de la revolución» de Karl Marx, pues, según ella (como lo hemos visto oportunamente), en el proceso de la revolución marxista no se admiten los «saltos» (salvo las situaciones excepcionales, como, por ejemplo, el caso de Rusia al final de

---

instituciones importantes del país respectivo, entre las cuales son mencionadas las fuerzas armadas, las fuerzas de seguridad y policía, los partidos políticos, las organizaciones sindicales, profesionales (los «colegios» de médicos, abogados, etc.), culturales, deportivas, religiosas, etc.

(22) Claro está de que se trata no solamente de elecciones parlamentarias o municipales, sino de todo tipo, como son las elecciones sindicales, profesionales, universitarias, deportivas, culturales, religiosas, etc.

la primera guerra mundial) (23), pues, para evitar los fracasos, conviene avanzar tranquilamente y sin apuros, para poder pasar por todas las etapas; el apuro puede provocar la reacción, sea en la forma de «fascismo», sea en la de los gobiernos militares.

Para cumplir estas etapas, especialmente si se trata de las etapas burguesa y democrática, algunos partidos políticos no comunistas, pero infiltrados (24) por los comunistas, se prestan perfectamente bien, incluso, en muchos casos, mejor que el mismo partido comunista y, por esta razón, cuentan con el apoyo de éste. En los países con poca influencia de la Iglesia católica, esta tarea está recomendada a los partidos liberales, socialistas y, especialmente, al partido social-demócrata, es decir, a los que pertenecen a la Segunda Internacional (25). Mas, en los países con una antigua y fuerte influencia católica, este papel está confiado al partido demócrata-cristiano (26). En la mayoría de los ca-

---

(23) La aceleración de las etapas burguesa y democrática, en Rusia, durante la primera guerra mundial, fue impuesta por la circunstancia de que el gobierno alemán estaba interesado en un rápido desarrollo de la subversión y del proceso revolucionario para paralizar a Rusia y, de esta manera, deshacerse del frente oriental y disponer de una parte de sus efectivos militares para lanzarlos contra Francia.

(24) Esta infiltración es doble: por las personas (los agentes comunistas) y por las ideas. La primera es secreta, mientras que la segunda es abierta, pero «disfrazada», pues se trata de las ideas disolventes, «progresistas», formuladas de tal manera que parezcan inocentes y difíciles de ser refutadas y combatidas, como, por ejemplo, algunos slogans: «todo tiene que cambiar», o «no hay enemigo a la izquierda».

(25) Este papel lo cumple la Segunda Internacional a veces inconscientemente y, a veces, conscientemente, según los casos. Desde que el ex-comunista Willy Brandt (de anterior apellido Frahm) es el dirigente de la Segunda Internacional, la cual siempre fue marxista, se puede suponer que este papel está cumplido conscientemente tanto en Alemania como en otros países.

(26) Muy interesantes informaciones al respecto proporcionan las memorias de Enrique Castro Delgado, *Mi fe se perdió en Moscú*, quien fue uno de los más altos dirigentes del partido comunista español durante la guerra civil española. Después de la victoria de Franco, Castro, junto con otros dirigentes comunistas prosoviéticos, buscó asilo en la Unión Soviética. Al llegar a Moscú trabajó en las oficinas de la Komintern (La Inter-

Los demócratas-cristianos no se dan cuenta de que, dentro de los planes de la revolución marxista, tienen que cumplir un papel tan importante e, incluso, se consideran como enemigos del comunismo o, al menos, como una alternativa frente al partido comunista. Sin embargo, es un hecho innegable que en muchos países, incluso en Italia (27) y en Francia (28), sin hablar

---

nacional Comunista), en el hotel Lux, imponiéndose de los muchos secretos de la política soviética internacional. Entre otras cosas, cuenta cómo los dirigentes de la Komintern consideraban conveniente divulgar las ideas marxistas-comunistas en América latina sirviéndose de la democracia cristiana, la cual, en este tiempo, ni siquiera actuaba todavía bajo este nombre en el continente americano, por lo cual ofrecían el apoyo necesario para facilitar su aparición. Castro, después de conocer la realidad del «paraíso» soviético, no solamente perdió la fe en el comunismo, sino que se transformó en uno de los más destacados anticomunistas y huyó a México, y allí escribió y publicó sus memorias. Al final de su vida volvió a España, donde murió. Dejó un testimonio innegable de que la democracia-cristiana, en muchos países, desempeña un papel importantísimo en la realización de la revolución marxista, especialmente en sus etapas burguesa y democrática.

(27) La democracia-cristiana, en Alemania, tiene una tradición bastante antigua; además, nació en la lucha de los católicos contra el comunismo marxista. Llevaba distintos nombres, según los países alemanes en los cuales empieza a actuar, pero su principal organización fue el partido del Centro. Fue fundada sobre la moderna doctrina social de la Iglesia, expuesta y enseñada ya por el año 1848, es decir, en los tiempos del *Manifiesto comunista* de Karl Marx. El obispo de Maguncia es su principal representante. Esta sólida tradición pesa sobre ella hasta hoy día, a pesar de las presiones progresistas.

También en Italia la democracia-cristiana tiene una larga tradición fiel a la auténtica posición católica, gracias, ante todo, al P. Mateo Liberatore (1810-1892), uno de los principales representantes de la moderna doctrina social de la Iglesia, formulada por él en las páginas de la revista *Civiltà Cattolica*, en la segunda mitad del siglo XIX. Liberatore, jesuita, es también un destacado neotomista y colaborador del Papa León XIII, a quien ayudó en la preparación de la encíclica *Rerum novarum* (1891). Después de la segunda guerra mundial se hacen presentes las influencias progresistas y liberales en algunos grupos de la democracia-cristiana italiana, hasta que, incluso, aparece un grupo que se pronuncia en favor de la colaboración con los comunistas, hablando de un «compromiso histórico». Sin embargo, a pesar de estas tendencias, la democracia-cristiana en Italia sigue sien-

de España y de los países iberoamericanos, la democracia-cristiana, estando profundamente infiltrada por los comunistas es, de do una alternativa frente al comunismo. Otro asunto es su papel, consciente o inconsciente, en el proceso revolucionario de cuatro etapas de la revolución marxista, asunto de suma importancia para Italia, para la Iglesia y para todo el mundo, y de tanta envergadura que es imposible tratarlo en esta nota.

(28) La democracia-cristiana, en Francia, puede seguir cumpliendo perfectamente su papel dentro del proceso revolucionario marxista, previsto para ella por los dirigentes comunistas, pues ha recibido una excelente preparación para eso. Sus raíces se encuentran en la misma Revolución francesa y en las corrientes del pensamiento surgido inmediatamente después de la revolución. Sus primeros líderes son los socialistas y los comunistas (todavía premarxistas) que se hicieron católicos y los católicos que, según las cambiantes situaciones políticas, se hacían socialistas, comunistas, liberales, racionalistas, individualistas, republicanos o monarquistas. Sin embargo, la principal influencia negativa sobre los orígenes de la democracia-cristiana en Francia la han tenido las corrientes democráticas, surgidas de la misma Revolución francesa, que deificaban al hombre y al pueblo. Su máximo representante fue Felicité de Lamennais. Las condenas por la Iglesia de estas corrientes y del pensamiento de Lemennais no fueron por todos escuchadas. Inmediatamente después de la primera guerra mundial aparecen en Francia corrientes del pensamiento demócrata-cristiano simpatizantes con el marxismo, con el socialismo e, incluso, con el comunismo soviético; entre ellas es especialmente peligrosa, por sus apariencias neotomistas, el «personalismo» de Emmanuel Mounier. Después de la segunda guerra mundial, la democracia-cristiana, en Francia, gracias a su alianza con el General Charles de Gaulle, participa en el gobierno, siempre demostrando sus simpatías con el comunismo. El papel de ella en las etapas de la revolución marxista es muy eficiente, especialmente en la tarea de hacer pasar a la juventud católica a las filas del partido comunista. Uno de los más altos dirigentes del partido comunista francés, ex-demócrata-cristiano, Florimond Bonte, dijo: «Si se trata de vosotros, los demócrata-cristianos, nosotros, los comunistas, no os combatimos, pues sois, para nosotros, muy útiles. Si vosotros queréis saber qué tarea estáis cumpliendo, miradme a mí: yo salgo de vuestras filas. Antes de la guerra yo fui uno de vosotros. Después, llegué a la conclusión lógica de vuestros principios. Gracias a vosotros el comunismo se infiltra donde vosotros no permitiríais entrar a nuestros hombres, en vuestras escuelas, en vuestros círculos de estudios y en vuestros sindicatos. Todo lo que vosotros hacéis para vosotros mismos, lo hacéis para el bien de la revolución comunista». Citado por Marcel de la Bigne de Villeneuve, *Satan dans la cité*, París, Ed. du Cedre, pág. 177.

hecho, especialmente en los últimos 15 años, período durante el cual esta infiltración es plenamente tolerada, un instrumento, consciente o inconsciente, de la revolución marxista; un instrumento sólo a corto plazo, pues, una vez cumplida esta misión, gracias a la cual, en estos países, la revolución marxista va a pasar a la etapa siguiente, es decir, socialista, esta función será confiada a los partidos socialistas, miembros de la Segunda Internacional, una institución de plena confianza del partido comunista mundial, dirigido desde Moscú.

### 3. La etapa socialista.

A pesar de que el término «socialismo» aparece sólo al principio del siglo XIX, en la antigüedad precristiana, tanto en Europa como en otras partes del mundo, algunos Estados adoptaban con frecuencia el régimen social-económico correspondiente a lo que en el siglo XIX suele llamarse el «socialismo», pues casi toda la vida social-económica, en estos países, estaba en manos del Estado. La antigua Esparta fue considerada como modelo del socialismo, pues llegó a estatizar no solamente la economía, sino también la educación y toda la vida cultural. El régimen socialista, hasta algún punto, imperaba también en las antiguas civilizaciones precolombinas, especialmente en el imperio de los Incas (29).

Sin embargo, hay una diferencia esencial entre los socialismos antiguos y el socialismo del siglo XIX, pues este último está esencialmente vinculado con todos los cambios producidos por la «revolución industrial». La aparición de la moderna máquina, la cual, en gran medida, reemplazó a la herramienta, y la aparición de un nuevo grupo social, a saber, el de los obreros industriales, los cuales pronto se transforman en el proletariado industrial, es decir, en un grupo de pobres carentes de propiedad

---

(29) Véase Jean Baudin, *El imperio de los Inca*, Santiago de Chile, Zig-Zag, traducción del francés.

privada, todo esto contribuyó a la aparición de la así llamada «cuestión social». El rápido crecimiento de la industria, de las ciudades y del proletariado influye sobre la agudización de la «cuestión social», y provoca la convicción de que la solución de estos problemas sólo puede venir de parte del Estado y por la estatización de la economía, es decir, por las medidas de carácter socialista.

Los partidarios del socialismo se encuentran también entre los funcionarios. A medida que el Estado interviene, cada vez más, en la economía, crece la cantidad de los empleados públicos y son ellos los más fervientes partidarios del socialismo. También el socialismo encuentra adeptos entre la gente de poca iniciativa y deseosos de que el Estado se ocupe de ellos. Así, el socialismo y su ideal el Estado Benefactor (the Welfare State), llegan a ser el sueño de una significativa parte de la sociedad del siglo XIX, especialmente de los que poco o nada entienden de economía. Sin embargo, la realidad pronto demuestra que el socialismo sólo se limita a la distribución de la riqueza producida en los períodos no socialistas, es decir, cuando predomina la economía basada en la propiedad privada y en la iniciativa particular de la empresa privada, y que la estatización de las empresas aumenta la escasez de los bienes económicos y, por ende, aumenta la pobreza de grandes masas.

Además, la realidad demuestra que el socialismo es incompatible con la libertad, pues quita a cada hombre la libertad en la actividad económica y del trabajo, es decir, lo que constituye la base de todas las libertades. El hombre más que de pan necesita de la libertad, especialmente en el campo del trabajo y de la actividad económica, y sólo unos pocos prefieren la vida del canario en la jaula (y, todavía, mal alimentado) (30).

El socialismo es la más grande tentación de los gobernan-

---

(30) El principal representante del socialismo francés de la primera mitad del siglo XIX, Pierre Joseph Proudhon, dirigía a los comunistas las palabras muy duras, como, por ejemplo: «Comunistes, votre présence m'est une puanteur». «Les communistes sont des huîtres attachées au rocher de la fraternité».

tes, mucho más grande que la de los gobernados, pues a los primeros les ofrece el poder casi ilimitado. Todos los gobernantes ávidos del poder se pronuncian en favor del socialismo. Quitando a todos la propiedad privada y la libertad de la actividad económica, el socialismo esclaviza a los gobernados, asegurando a los gobernantes el poder total. Por esta razón, de inmediato, apenas aparece, el socialismo es considerado como la antesala del comunismo, o como un comunismo diluido, es decir, no completo, a pesar de que siempre hubo y hay los socialistas que se consideran a sí mismos enemigos del comunismo o, mejor dicho, que consideran al socialismo como un régimen definitivo y no como una etapa en el camino hacia el comunismo. Al respecto hay una similitud entre el socialismo y la democracia, pues así como hay demócratas que consideran la democracia como un sistema definitivo e, incluso, como una alternativa frente al comunismo y no como una etapa en el camino hacia éste, hay también socialistas que ven en el socialismo una etapa hacia el comunismo, y a éste como el régimen definitivo. Sin embargo, cada socialismo y cada democracia, de hecho, lo quieran o no los socialistas y los demócratas, siempre es, para los marxistas, una etapa hacia el comunismo, pues ambos pavimentan el camino hacia éste, por la sencilla razón de que ambos destruyen la sociedad tradicional cristiana. Además, la mayoría de los socialistas no ven en el comunismo ningún peligro, ni les preocupa el hecho de que el socialismo esté considerado por los marxistas como etapa en el camino hacia el comunismo. La aceptación por los socialistas del slogan marxista «no hay enemigo a la izquierda», lo comprueba.

Hay otro hecho, muy elocuente al respecto, a saber: todos los países gobernados por los comunistas (la Unión Soviética, la China comunista y sus «satélites») siempre subrayan que ellos son los Estados socialistas, y que todavía tienen un largo camino a recorrer para llegar al comunismo (31).

---

(31) Muchos de ellos, como por ejemplo la República Popular de Polonia, se definen modestamente sólo como una «democracia popular», re-

Muchos dirigentes políticos de los Estados europeos occidentales, considerados democráticos y socialistas (a pesar de que estos términos se contradicen) declaran francamente que de modo consciente preparan a sus países para el futuro régimen comunista, oponiéndose a la revolución comunista, pues desean llegar al comunismo no por la vía violenta de la revolución, sino por la vía pacífica de las reformas. El Presidente de Francia, François Mitterrand, ha declarado en varias ocasiones que el fin último del partido socialista francés es el mismo que el del partido comunista: llevar a Francia al comunismo, descartando, sin embargo, la violencia.

Pues bien, estos políticos olvidan que la revolución marxista no se identifica sólo con la violencia, el terror, la guerrilla, los asaltos, las huelgas y la destrucción, sino que es, ante todo, un proceso sociológico de cambio radical; la revolución marxista no descarta la violencia, pero no se reduce exclusivamente a ella y, entonces, los que se pronuncian por la vía no violenta, es decir, por reformas, si con ellas apuntan hacia el comunismo, toman parte en lo más integral y esencial de la revolución marxista: en el cambio radical de la sociedad.

El socialismo es una etapa necesaria de la revolución marxista; de ahí que los dirigentes de esta revolución apoyen a todos los partidos socialistas y, especialmente, a los que pertenecen a la Segunda Internacional. Se puede decir que vivimos en un período en el cual la Internacional Socialista tiene un papel especial que cumplir en todo el mundo, previsto en los planes de la revolución marxista; es la hora de la Segunda Internacional. Siendo esta Internacional dirigida por ex-comunistas, cuenta con toda la confianza y el pleno apoyo de Moscú.

Además, para los comunistas mejor conviene actuar en los países todavía «no liberados» (del yugo capitalista) sirviéndose de la Segunda Internacional, que usar para este fin a los partidos

---

conociendo que todavía están solamente en la etapa democrática y que les queda mucho camino para llegar a la etapa socialista, en la cual solamente se encuentra la Unión Soviética, lo que indica su nombre oficial, CCCP (SSSR), es decir, Soiuz Sovietskij Socialisticheskij Respublik.

comunistas. Como la democracia y el socialismo están de moda, la Segunda Internacional, compuesta principalmente por los partidos social-democráticos, tiene mayores posibilidades de éxito que los partidos comunistas, que se confunden con los «extremistas». Más todavía, el término «socialdemocracia» es muy elocuente y muy significativo; es elocuente para los ignorantes, que al oír hablar del socialismo y de la democracia quedan muy contentos, satisfechos y felices; es significativo para los marxistas, pues les recuerda que el socialismo y la democracia son las etapas necesarias para llegar al comunismo.

El socialismo, más todavía que la democracia, tiene dimensiones teológicas (demonológicas), pues, más todavía que la democracia, subraya su carácter religioso; para muchos socialistas el socialismo es una religión en el más estricto sentido de la palabra. León Blum, quien fue varias veces primer ministro de los gobiernos en Francia, muchas veces lo afirmaba. Si la democracia rousseauiana es el culto del hombre y de la humanidad, el socialismo francés es el culto de la sociedad (de la colectividad). El mismo término «socialismo» lo indica, pues significa la absolutización de lo social, de la sociedad. Para los socialistas, la sociedad es el absoluto, es decir, el ser supremo, el más grande valor, el bien último para el hombre-individuo; el socialismo es la deificación de la sociedad.

Para los cristianos e, incluso para todos los hombres que toman en serio la Biblia y, especialmente, los Diez Mandamientos, el socialismo, como el culto religioso de la sociedad, es uno de los ídolos prohibidos por Dios: «no tendrás otros dioses». El socialismo es el moderno paganismo, pues en lugar de Dios coloca la sociedad; exige que el hombre se entregue totalmente a la sociedad, que considere a la sociedad como su fin último, único y exclusivo. El socialismo es esencialmente totalitario, pues postula la total absorción del hombre por la sociedad. Por eso, el socialismo tiene no solamente dimensiones metafísicas (la absolutización de la sociedad), sino también dimensiones teológicas (demonológicas), como deificación de la sociedad. Es precisamente esto lo que en el socialismo condenan las encíclicas sociales.

«Nadie puede ser, al mismo tiempo, católico y socialista verdadero», dice el Papa Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno* (1931).

Teniendo presentes estas dimensiones sociológicas, económicas, metafísicas y teológicas del socialismo, podemos entender por qué Marx considera al socialismo como una etapa indispensable en el camino hacia el comunismo. Así, el socialismo, en sí mismo malo y subversivo, se hace todavía más peligroso desde el momento de su incorporación, por Marx, dentro del proceso de la revolución comunista atea.

Que el socialismo, basado en la ideología marxista, sea una etapa hacia el comunismo, lo afirma también la encíclica *Laborem exercens*, la cual, después de analizar el «programa marxista», dice: «... el objetivo de ese programa de acción es el de realizar la revolución social e introducir en todo el mundo el socialismo y, en definitiva, el sistema comunista» (al final del párrafo 11). Es decir, el Gulag mundial.

#### 4. La etapa proletaria.

Según el *Manifiesto comunista*, el proceso destructor de la revolución marxista alcanza su plenitud sólo en la cuarta etapa, llamada la «etapa proletaria». Sin embargo, esto no significa que la cuarta (la última), sólo llegue una vez completamente realizadas las etapas anteriores (burguesa, democrática y socialista) y que la etapa proletaria consista en la «construcción del socialismo», como una antesala del comunismo, sino que el proletariado —gracias a una parcial realización de las primeras etapas— se encuentra en condiciones favorables para tomar el poder, sea por la vía violenta (por los actos terroristas y golpistas), sea por la vía pacífica (por elecciones adcauadamente preparadas y manipuladas).

¿En qué consiste esta «etapa proletaria»?

Nos lo explica con claridad y competencia el Papa Juan Pablo II, en su encíclica *Laborem exercens*, de la manera siguiente.

te: «Los grupos inspirados por la ideología marxista como partidos políticos, tienden, en función del principio de la «dictadura del proletariado», y ejerciendo influjos de distinto tipo, comprendida la presión revolucionaria, *al monopolio del poder en cada una de las sociedades*, para introducir en ellas, mediante la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, el sistema colectivista» (párr. 11).

Se trata, pues, de organizar adecuadamente a los elementos revolucionarios, impregandos por la ideología marxista (es decir, por la envidia, el odio, la lucha de clases, la lucha de razas, por el complejo y obsesión de destrucción, etc.), en forma de un disciplinado partido político, capaz de tomar el poder y capaz de servirse de él en favor de la revolución destructora. La encíclica subraya en el texto la frase: «... tienden... *al monopolio del poder en cada una de las sociedades*». Se trata, pues, del monopolio del poder, es decir, que este poder no se lo comparte con nadie, menos con los que ayudaron a los comunistas a tomarlo. Es uno de los aspectos esenciales de la «dictadura del proletariado». El otro, no menos importante, es que este poder, siendo «dictatorial», es esencialmente un poder ilimitado, es decir, absoluto, pues no reconoce sobre sí ninguna autoridad (fuera de la propia, es decir, del partido comunista), ninguna ley o moral humanas ni, menos todavía, de Dios, pues es trata de ateos y materialistas.

Además, se trata de la «dictadura del *proletariado*». ¿Qué se entiende por «el proletariado»? Marx lo explica en el *Manifiesto comunista*. El proletariado del cual éste habla no tiene nada que ver con el proletariado de su época, es decir, del siglo XIX, que designaba la clase obrera industrial, pobre, miserable, con muchos niños y sin propiedad privada. Según Marx, el «proletariado» se compone de la gente que viene de todas las clases sociales, de todos los grupos sociales, «el proletario se recluta entre todas las clases de la población» (32). «Pequeños indus-

---

(32) *El manifiesto comunista*, Santiago de Chile, 1956, pág. 47. Todas las citas en castellano son de esta edición. En el texto original se lee: «So-

triales, comerciantes y rentistas, artesanos y labradores, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo engrosan las filas del proletariado» (33). Marx se incluía a sí mismo y a su amigo, el millonario Federico Engels, entre los «proletarios». Sin embargo, es sabido que este «proletariado» de hoy día, es decir, los miembros del partido comunista, se compone en todos los países del mundo, principalmente, de todo tipo de gansters, de asaltantes, de bandidos, de degenerados, de ladrones, drogadictos, criminales, aventureros, psicópatas, inadaptados, desequilibrados y, ante todo, de «idealistas», es decir, de subdesarrollados intelectualmente y profundamente convencidos de que sólo por la revolución destructiva, por el terror y la violencia se puede «salvar» al mundo. Se trata, pues, del equipo de los «revolucionarios profesionales», que se arrogan el derecho de hablar y actuar en nombre del «proletariado» y que, según el *Manifiesto comunista*, «mediante la revolución se convierte en la clase dominante... y destruye por la fuerza las viejas relaciones de producción» (34), pues «sus objetivos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social existente» (35). Tiene que constituirse «en la clase dominante» (36) y, como tal, tomar el poder y, sirviéndose de él, desde arriba, desde el gobierno, por el terror, crueldad y violencia, terminar el proceso destructivo de las cuatro etapas de la revolución marxista-comunista.

Es evidente, pues, que dentro de este «proletariado» no se encuentra nadie del proletariado, es decir, de la clase obrera in-

---

rekrutiert sich das Proletariat aus allen Klassen der Bevölkerung». Manifest der kommunistischen Partei, *Marx-Engels Studienausgabe*, III, página 66.

(33) *Ibid.*, el texto original es el siguiente: «Die bisherigen kleinen Mittelstände, die kleinen Industriellen, Kaufleute und Rentiers, die Handwerker und Bauern, alle diese Klassen fallen ins Proletariat hinab», *ibid.*, pág. 65.

(34) *Ibid.*, pág. 71.

(35) *Ibid.*, pág. 93.

(36) *Ibid.*, pág. 71: «... das der erste Schritt in der Arbeiterrevolution die Erhebung des Proletariats zur herrschenden Klasse...», s. 76.

dustrial, real, histórica, la que vive en situación difícil y no tiene ninguna propiedad. Sin embargo, gracias a este gobierno dictatorial de los «revolucionarios profesionales», organizado en el partido comunista, el cual es un gobierno revolucionario realizador de la revolución marxista-comunista, durante la «etapa socialista» (que sigue estando presente dentro de la etapa proletaria) se toman las medidas adecuadas de carácter jurídico, impositivo, económico, confiscatorio, etc., que tienen por finalidad la supresión total de la propiedad privada. De este modo, toda la población del país se proletariza, pues pierde la propiedad privada, cayendo en la miseria y la opresión (no hay libertad sin propiedad); todos (menos los mismos gobernantes, que se enriquecen despojando a toda la población de la propiedad privada) llegan a ser proletarios en el más estricto y auténtico sentido del término. Y, en consecuencia, la expresión «dictadura del proletariado» cobra un nuevo sentido, más real y más justificado, como la dictadura de los gangsters políticos internacionales sobre el proletariado.

Huelga decir que este proceso de proletarización de toda la sociedad no se limita solamente al despojo de todos los bienes económicos y materiales, sino que se extiende también a los bienes espirituales. Viene el despojo de la fe en la existencia de Dios, de la esperanza de la posibilidad de salir de este infierno terrenal y, ante todo, de la esperanza basada en la convicción de la vida de ultratumba, el despojo de todas las virtudes y valores, de la alegría de los «hijos de Dios» que, conscientemente, caminan hacia la «casa del Señor», hacia el Cielo y la felicidad eterna.

La «etapa proletaria» es el período de la destrucción del hombre, de su dignidad de imagen de Dios, de su reducción al nivel de la vida de los animales, sin destino eterno, envenenado por la envidia, el odio, la desesperación. En esta etapa se manifiesta, más que en las anteriores, el carácter satánico de la revolución marxista, pues, antes de esta etapa, el gansterismo internacional, no teniendo todavía en sus manos la totalidad del poder en todos los países, está obligado a fingir su posición «de-

mocrática», mientras que, después de llegar al poder en todo el mundo (37), en la etapa proletaria, se saca la máscara, manifestando su verdadera cara de servidor del «Príncipe de este mundo», de Satanás. Se empieza la construcción del «comunismo», es decir, del infierno en la Tierra, como una antesala del Infierno definitivo.

---

(37) Lo cual es profetizado por el mismo Marx: «Un jour viendra où la révolution mondiale détruira Rome et, à sa place, érigera en Orient une autre Rome dont l'influx démoniaque se propagera dans le monde entier», Eleonor Marx, *Il problema orientale*, London, 1897, citado en *Introibo*, núm. 37.